(Transcripción)

Roma, 12 de noviembre 1949

Si estamos unidos, Jesús está entre nosotros

Si estamos unidos, Jesús está entre nosotros. Y esto vale. Vale más que cualquier otro tesoro que pueda poseer nuestro corazón: más que la madre, que el padre, que los hermanos, que los hijos.

Vale más que la casa, que el trabajo, que la propiedad; más que las obras de arte de una gran ciudad como Roma, más que nuestras ocupaciones, más que la naturaleza que nos rodea, con las flores y los prados, el mar y las estrellas; ¡más que nuestra alma!

Él es quien, inspirando a sus santos con sus eternas verdades, hizo época en toda época.

También ésta es su era: no la de un santo, sino la de Él; de *Él entre nosotros;* de Él viviente en nosotros, que construimos -en unidad de amor- su Cuerpo místico y la comunidad cristiana.

Pero es preciso dilatar a Cristo, hacerlo crecer en otros miembros; hacerse como Él, portadores de Fuego, que es la caridad en acto. ¡Hacer uno de todos y, en todos, el Uno!

Entonces, *vivamos* momento a momento la vida que Él nos da.

El amor fraterno es un mandamiento: «*Ante todo...*». Por lo cual todo vale si es expresión de sincero amor fraterno. Nada vale, de todo cuanto hacemos, si en ello no se da el sentimiento de amor por los hermanos; porque Dios es Padre y tiene en su corazón siempre y sólo a sus hijos.

Donde hay caridad, ahí está Cristo en el cristiano.

En todos los prójimos que encuentres durante el día -del alba a la noche- procura ver a Jesús.

Si tus ojos son sencillos, quien mira desde ellos es Dios. Y Dios es amor, y el amor quiere unir conquistando.

¡Cuántos, engañándose, miran a las criaturas y a las cosas para poseerlas! Y su mirada es egoísmo o envidia o, de cualquier modo, pecado.

O bien miran dentro de sí para poseerse, para poseer su alma, y su mirada se apaga, aburrida o turbada.

El alma, porque es imagen de Dios, es amor, y el amor replegado en sí mismo es como la llama que, si no se alimenta, se apaga.

Mira fuera de ti. No a ti, ni a las cosas, ni a las criaturas: mira a Dios fuera de ti para unirte a él.

Él está en el fondo del alma que vive. Y si está muerta, sigue siendo sagrario de un Dios que ella misma espera, para alegría y realización de su propia existencia.

Así pues, mira a cada hermano amándolo. Y amar es dar.

Pero, un don reclama otro don, y serás, a tu vez, amado.

Por consiguiente, el amor es amar y ser amado: como en la Trinidad.

Y Dios en ti raptará corazones, encendiendo en ellos la Trinidad que tal vez descanse en ellos por la gracia, pero está apagada.

No se enciende la luz en un ambiente -aunque cuente con la corriente eléctrica- hasta que no se produzca el contacto entre los polos.

Lo mismo sucede con la vida de Dios en nosotros: hay que ponerla en circulación para irradiarla hacia fuera dando testimonio de Cristo: el ‘uno’ que une cielo y tierra, hermano a hermano.

Mira, pues, a cada hermano dándote a él para darte a Jesús; y Jesús se dará a ti. Es ley de amor: «Dad y se os dará» (*Lc* 6, 38).

Déjate poseer por él -por amor a Jesús-, déjate “comer” por él -como otra Eucaristía-; ponte totalmente a su servicio, que es servir a Dios; y el hermano vendrá hacia ti y te amará.

Y en el amor fraterno se cumple cada deseo de Dios, que es un mandato: «*Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros*» (*Jn* 13, 34).

Chiara Lubich